

Segunda mención (Concurso XXIV, 1991)

LUNA QUE SE QUIEBRA

Eduardo Villegas Guevara*

I

Por esos días el timbre estaba descompuesto. Así que sonó la puerta y, cosa rara, me levanté a la primera de cambios. No dejé que insistieran más de tres veces. De lo contrario no hubiera abierto la puerta con tanta prisa y mi humor hubiera sido otro. Mi sueño, en esa ocasión, era muy ligero. Abrí la puerta y ni siquiera pregunté quién era la persona que me daba los buenos días y ya le estaba pidiendo que dejara de molestarme. Argumenté que apenas serían las cuatro o cinco de la mañana. Estaba a punto de decir otras cosas cuando escuché que sus palabras sonaban parecidas a una melodía: "Por eso mismo, cariño; hace bastante tiempo que amaneció".

Hasta entonces no sabía con quién estaba hablando, pero luego la figura pasó a ser "nadamás y nadamenos" que Surya. Comprendí el hechizo de la voz. Para ella siempre he dejado abierto mi corazón y todo el caudal de buenos sentimientos que se puedan tener por una mujer. ¡Imagínense si seré capaz de cerrarle la puerta! La voz sabía del dominio que ejercía sobre mí. Si no me das los buenos días, cuando menos ofrécame un cigarro. No sólo le invité el cigarro. Estuve a punto de arrancarme la piel para que entrara al departamento pisando sobre ella.

Nunca pude preguntarle nada a Surya. En su carácter está no permitirlo. Ella podía andar sola a las tres o cuatro de la mañana por la ciudad y cubierta únicamente con un abrigo. Y yo lo tomaría como algo natural. Pasó al interior y disminuyó mi aturdimiento. Me dirigí a la cama para ofrecerle la cajetilla de cigarrillos que siempre tengo en la cabecera por si algún insomnio ataca de improviso. Ella se dirigió al bastidor. Dejó encima un envoltorio al que no le di importancia. Aun ahora y después de todo lo que pasó apenas recuerdo.

Surya se sentó en el banco y apoyó un pie en el travesaño. Su rodilla derecha quedó levantada. Cuando me acerqué para ofrecerle el cigarrillo, la parte inter-

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

na de su muslo atrajo mi mirada. ¡Era un buen modelo de abrigo! Se abría lo suficiente para mostrar una pierna tan bella como la de Surya.

Tomó el cigarro y se lo encendió. Exhaló el humo y enseguida esbozó una sonrisa. No dejó de mirarme a la cara. Adiviné las palabras que escucharía en cuanto la sonrisa de Surya concluyera: Eres un pícaro, dormilón. En efecto, si hubiera dicho cualquier otra cosa o si hubiera permanecido callada, hubiera dudado de la que estaba en mi departamento. Pero lo dijo y ya no cabían sospechas: era la única y verdadera Surya que conocía. Ella siguió fumando. Regresé a la cama. La observé un buen rato en silencio y sin hacer nada.

¿A qué no sabes a qué he venido? Hizo la pregunta antes de terminar su cigarro. Yo también pensaba aclarar el motivo de su visita. Pero traté de aparentar fastidio. Me imagino que a desvelarme, le contesté.

Aparte, apagó la colilla del cigarro contra un estuche de pinturas. En ese caso, dije yo, no tengo ninguna idea sobre tu visita. ¡Qué bueno! ¡Qué buena suerte! —exclamó—. En el arte no hay nada como la sorpresa: la sorpresa y la imaginación son las alas que llevan a las obras a la eternidad o, si lo prefieres, al clasicismo. ¡Ja!, exclamé y pregunté: ¿dónde aprendiste eso? No sé, alguien me iluminó, de seguro. La metí en un aprieto, pues sin lugar a dudas era una frase aprendida de memoria. Nunca le concedí que pudiera iluminarme. No la creí capaz de hacer frases. Y eran no sólo hermosas sino también ciertas. Ella también desconocía esas cualidades. Detuve mis preguntas porque quizá después de sus respuestas, consideré que se marcharía. Pero no quería que su presencia fuera falsa. Con cierto dolor en el alma, la interrogué. ¿Por qué has venido? Bueno, recordé que siempre has querido pintar una obra maestra. Un cuadro que dejara satisfechos tus impulsos creativos. No querías que la gente reconociera tus alcances estéticos. Deseabas satisfacer tus impulsos creativos en un cuadro. Una vez me platicaste algo de eso, ¿recuerdas? Tenía buena memoria. No recordaba la totalidad de mis palabras, pero lograba retener las ideas, los sentimientos. Me aclaraba todo aquello que acompaña a las palabras nacidas impotentes y que siempre ocultan el fondo del alma. Surya conocía mi alma, había buceado en mi interior y daba gusto saber que alguien (un ser realmente especial), había escuchado con atención mis pláticas. Sigue siendo una de mis metas —le dije—: cómo olvidar lo que uno necesita.

Aquí estoy. Al decirlo se puso de pie. Con las manos dentro de las bolsas del abrigo. He venido a que me pintes, cosa que siempre quisiste hacer. Hablaba con sinceridad. No parecía tener otro interés su presencia en mi departamento. Desde que nos conocimos me pedías que posara para ti. Y en mi mente la cara pecosa y las nalgas bonitas de Surya, los dientes blanquísimos y los besos inolvidables en aquellos años. Claro, Surya, pero como sólo aceptaste que hiciera unos retratos perdiste la oportunidad. Me bloqueaste. Ni siquiera pude realizar un sólo boceto sobre tu cuerpo. Deseaba saber si eras capaz de aprehender mi rostro, si lo lograbas podrías captar todo lo demás. Pero no pude, te acuerdas. Al principio los trazos evocaban tu figura. Después sólo había líneas y rayones en el papel, como si te fueras diluyendo entre mis dedos torpes y el carboncillo. ¿Y sabes por qué, Surya? Alzó los hombros para no contestar mi pregunta. Porque en realidad no quería dibujarte. Te lo confieso ahora. Quería que te desnudaras pa-

ra ver si después pasábamos a otra cosa. Yo también me enamoré de la chica guapa de la escuela. Todo aquello lo hice pensando que se daría un encuentro entre nuestros cuerpos.

Ésa era la verdad, Surya, por eso no hubo más que bocetos, sólo se trató de allanar el camino hacia tu sexo. Cuando pronuncié la palabra sexo, mi cerebro la captó completa. Entonces me di cuenta de que había sido muy duro al decirlo. Pero yo creía que mis palabras eran verdaderas. Más adelante descubriría que no era cierto. Esa madrugada Surya me adivirtió que eran mentiras.

No te esfuerces en creerlo, me contestó Surya con voz tranquila y sin ningún tipo de resentimiento o afecto en su voz. Tú sabes que no es cierto lo que dices. Ahora que menciono su voz, debo señalar que Surya emite las palabras con tibieza, con la temperatura de su cuerpo. No me esfuerzo para nada, Surya, simplemente es lo que creo. Bueno, está bien; eso es lo que tú crees, si te pones en el papel de pintor fracasado, pero no es lo que realmente sientes. Hizo una pausa y aunque no había ningún énfasis en sus palabras yo sabía que estaba hablando con intensidad. Escucha al otro. Al pintor que quiere triunfar. Entonces sentirás la necesidad de pintarme. Ante esta forma de enfrentarme conmigo mismo que tenía Surya, no cabía defensa. Acepté la verdad. Está bien, yo no puedo conocer a fondo mis sentimientos, pero los pliegos de papel desperdiciado, creo que fueron muy elocuentes. Los tiré fastidiado porque no pude realizar ni una caricatura. Sólo producía rayas y más rayas.

Cada vez me sentía más agresivo con mis palabras y culpaba de mi actitud al desvelo. Nunca he deseado herir a Surya. Traté de disculparme explicándole que tenía demasiado sueño. Surya no se sentía lastimada. Fue junto a la cama y se sentó a mi lado. Acarició mi cabeza con una mano y con la otra me llevó hacia su pecho. Hablaba pero no le entendía muy bien. Sus palabras me llegaban como un murmullo.

Eres un tonto, cariño, pero te quiero. Siempre nos hemos querido porque nos entregamos lo mejor y también lo peor que tenemos. Su pecho (los movimientos de su cuerpo eran toda la calma de un mar de carne) se mecía con una paz desconocida y me advertía de una furia enloquecedora. Me dejé querer. Pegué los labios en el borde de sus senos y sentí las llamas que se levantaban.

La voz de Surya llegaba como de muy lejos. Su voz se aclaró. Nunca fueron desperdiciadas, dijo refiriéndose a las hojas. Simplemente sirvieron para advertirnos que tus dedos y toda tu mano era incapaz de trasladar algo de mi ser a la tela. Pero el tiempo ha pasado. Por tus venas corre otra sangre. Hizo una pausa y sintió mi pesada respiración. La que ahora está hirviendo. Siguió escuchando mis reacciones. Tu corazón late ya con suficiente fuerza para que puedas pintarme. Por eso he venido tal y como soy. Mis labios se abrieron y apenas alcancé a decir que lo intentaría. Después salió mi lengua ávida de su carne. Lamí el borde de sus senos un instante. Después Surya se puso de pie. Sin brusquedad, pues entre nosotros todo era correcto. Fue al banco que se encontraba frente al bastidor. Se desabrochó el abrigo. Echó los brazos hacia atrás y el abrigo cayó con lentitud. No traía ninguna otra prenda. Su cuerpo quedó plenamente desnudo. Quizá estorben los aretes, dijo y al momento se los quitó. Me tienes que ver tal y como soy. Así que no debo traer nada encima. Ya estoy lista, —dijo desde

su desnudez—: puedes pintarme cuando quieras. Extendió los brazos en signo de oferta. Caminó hasta la cama. Entrelacé una de sus manos y la acosté a mi lado. Gracias por venir, le dije; mañana empezamos. No podía faltar —musitó e introdujo la punta de la lengua en mi oreja—: hace mucho tiempo que me invitaste. Me gustaría que empezaras en este momento. Fue lo último que le escuché con claridad, porque el sueño comenzaba a vencerme. Cosa que es difícil de creer, teniendo a una mujer como Surya.

El tiempo no se acaba, Surya; ya lo verás. Eso ya lo sé. El tiempo siempre dura, pero ¿nosotros? en cuanto a eso no estoy tan seguro de saberlo. A mí sólo me importa el tiempo que pueda permanecer en tus ojos y no la permanencia en el mundo. Creo que nosotros —le dije con mucha confianza— contaremos con suficiente tiempo para amarnos. El tiempo de más será innecesario. Hasta mañana —le dije con un beso cercano a los labios—. Hasta ahora mismo, me contestó. Luego se dio media vuelta y quedó de costado. Su espalda estaba fría, pues venía llegando de la noche helada que estaba afuera. Cubierta sólo con un abrigo. Me acerqué a su cuerpo. De sus nalgas carnosas se extendió el calorcito sobre mi vientre. La vida —me dije antes de quedarme profundamente dormido— es la presencia de la tibieza en los cuerpos: lo demás ni siquiera es la nada. Pero estaba pensando estupideces. Sonreí como burlándome de mi propio entre-sueño y apenas escuché que Surya me decía: Abrázame, por favor, abrázame. Hice el intento, no sé si lo logre.

II

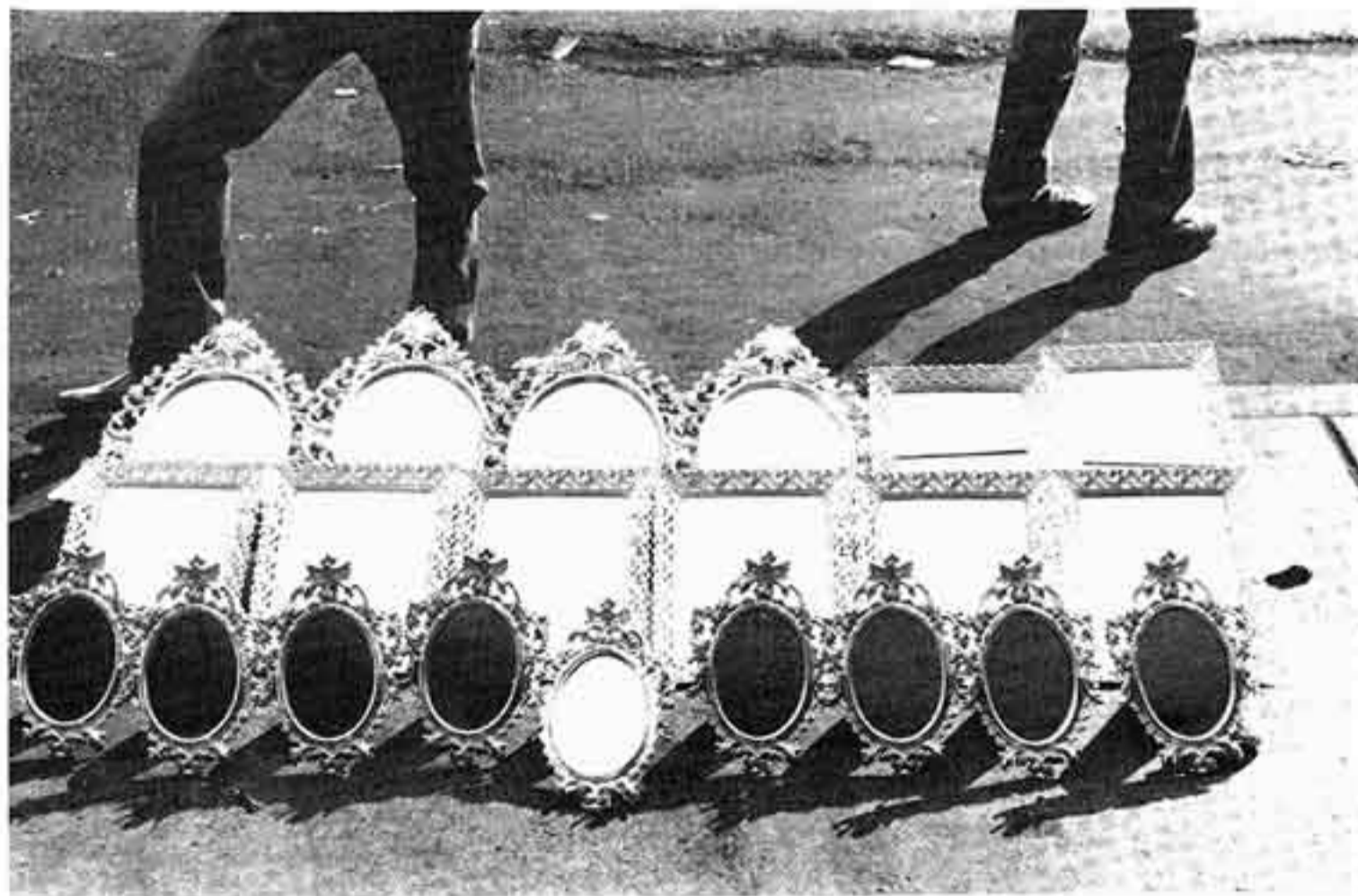
Estaba solo en la cama cuando desperté. Entonces me dije que lo soñado era una cosa muy bonita. Escuché la caída del agua de la regadera. Alguien se estaba bañando. Pensé inmediatamente en Surya, deseando que el sueño se hiciera un pedacito de felicidad. Salió del baño vestida con un pantalón. Se estaba abrochando la camisa en el marco de la puerta. Se veía esplendorosa. Esto no lo digo porque las prendas fueran de mi propiedad. No había una sola gota de pintura en su rostro. Su juventud llenaba toda la mezcilla y, en algunas partes, se desbordaba. La camisa a cuadros resaltaba sus pechos, firmes y libres. Se dejó admirar un momento. Después sus palabras inundaron mis oídos: voy al mercado, dormilón. Aprovecha mi ausencia para bañarte. Peinó sus cabellos. Los retocó luego con las manos para terminar su peinado.

Ahorita regreso, explicó mientras se acercaba. Puso su frente pidiéndome un beso como buenos días. Yo no dije nada. La frescura de su cuerpo me aturdió. Toma, ponlo donde estaba, agregó entregándome el cepillo. Enseguida se dirigió a la puerta. Tomé algo de tu guardarropa. A cambio puedes ponerte mi abrigo. Ya no esperó respuesta. Abrió la puerta. Me dijo adiós con su mano de la manera más coqueta que es posible. Salió. A pesar de la puerta cerrada, la imagen de su trasero perduró en mi mente. Estuve a punto de gritar. Me contuve. Esbo-

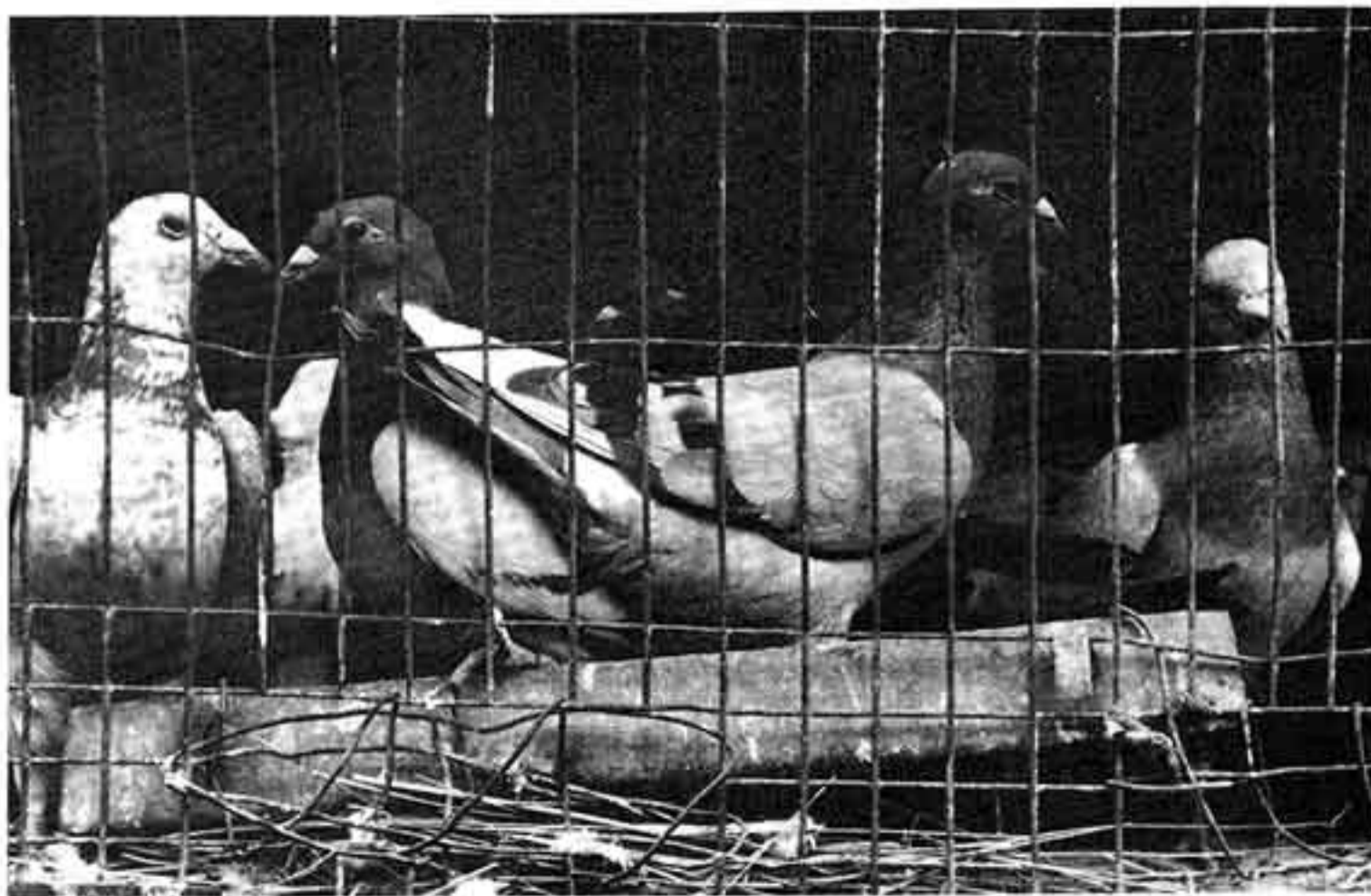
Fotografía

Segunda mención

Joel Isaac Martínez Becerril



Espejos



Jaula palomar

cé una sonrisa al ver que no había sido un sueño. Me levanté para bañarme. Contento, por primera vez, con la realidad.

Cuando regresó ya me encontraba vestido. Trajo varias bolsas de mandado. Durante el tiempo que estuvo conmigo nunca quiso ir a ningún restaurante. Había traído, según ella, suficiente abasto como para soportar una guerra civil encerrados en el departamento. Antes de dejar las cosas sobre el bastidor me pidió disculpas pues pensaba utilizarlo como mesa.

Es una lástima que no tengas delantal, pero, a pesar de estas carencias, estoy dispuesta a convencerte de que soy una excelente cocinera. Surya se jactó de ser una cocinera de fama mundial, a pesar de sus tres únicas recetas: huevos con algo, emparedados múltiples y sopas de lata.

Bueno, manos a la obra, porque se nos acaba el tiempo para nuestra sesión de pintura. Entró a la cocina. Desde ahí comenzó a pedirme todo lo que le hacía falta para preparar el desayuno. Cuando le pasé lo necesario me corrió de la cocina. No quería que descubriera los secretos. Me mandó a la cama, que, desde entonces se convirtió en nuestro comedor. No tardó en salir. Quedé boquiabierto al ver su desnudez en el marco de la puerta, con un plato desechable en cada mano.

Pues se puso cómoda para trabajar. La camisa y el pantalón quedaron en el suelo de la cocina. Se vistió con un pantalón corto que tenía en el guardarropa. Caramba —dije yo golpeándome los muslos al ver la presentación de los emparedados—; se ven deliciosos. Ahora que los pruebes, veras que están mejor de lo que se ven. Se acomodó en el borde de la cama. Ojalá no te remuerda la conciencia cuando me dé una pulmonía por no tener delantal. Ah, espérate —dejó los platos y se puso de pie—, faltan los refrescos.

Fue al bastidor y de una bolsa sacó unos refrescos desechables. Espero que no te gusten las cervezas en el desayuno, porque traje cocas. Pero dime ¿dónde está el destapador? En la cocina —dije yo— y no te preocupes; con los refrescos está completa mi dieta. Ah, qué bueno, —exclamó Surya y se dirigió a la cocina.

Estaba muy a gusto. Para sentirme feliz sólo faltaba darle la primera mordida al emparedado que Surya preparó. Lo miré y la boca se me hizo agua. Después le estampé la primera mordida.

III

En relación a Surya —a los días que pasamos juntos— recuerdo muy bien las cartas que Van Gogh le enviara a Theo. Donde relata las fiebres creativas que tenía después de algún tiempo sin pintar. Si quisiera ponerme a su lado sería una comparación muy triste; las fiebres que yo sufría eran de incapacidad. Sin embargo como nunca me esforcé por dibujar a Surya. Comencé con la idea de captar su cuerpo. Hice varios esbozos sobre algunas de sus partes: de costado, boca

abajo, o en otras posiciones pero no lograba captar una imagen completa. Algo que tuviera la más mínima relación con Surya.

La carne de Surya me enloquecía cada vez que la observaba. La forma que tenía de permanecer en la cama y el desarreglo de las sábanas extendían una atenta invitación. Siempre opté por besarle un hombro. Después deslizaba mi lengua por su columna vertebral. Sus alrededores respondían con un sublime calofrío. Los ojos de Surya se abrían para mirarme y me sugerían que entrara en ella. Sus brazos me sujetaban. Lo hacían, casi sin tocarme, pero yo sabía que era imposible escapar.

También es difícil hablar de las hojas llenas de rayas que arrugué y arrojé en un rincón. El lápiz se me caía o de plano lo depositaba en la mesa de trabajo. Lleno de pasión, y al mismo tiempo desesperado, me acercaba al lecho de Surya. Un momento después Surya —gritando exageradamente— intentaba clavarme las uñas en brazos y muslos. Trataba de saber si le respondería. Nunca le fallé.

Reposábamos durante el resto de la tarde. A veces me ganaba el sueño. Surya, después de ducharse, me movía un hombro para despertarme. Enseguida me invitaba a disfrutar su especialidad como cocinera. Tres días después los emparedados se habían convertido en bocadillos exquisitos.

Ya con el estómago lleno y el corazón contento. Comenzaba la noche de respiraciones suaves, de labios sensibles y aterciopelados que se hinchaban hasta doler. El poderío de nuestros cuerpos quedaba latente en los moretones y las magulladuras. Había momentos peligrosos: las capas de humedad cristalina que se desprendían de su sexo sobre la palma de mi mano o un pedazo de mi oreja corriendo peligro de quedarse entre sus dientes. La falta de palabras me señalaba la nueva ocasión para internarme. Mientras trataba de partirla en dos con mis frenéticas arremetidas, su aliento agradecido caía dentro de mi boca al llegar el primer orgasmo. Después nos dábamos las gracias con un trago de saliva que contenía toda la miel del universo.

En la mañana eran los cuerpos cansados y el sol hiriente sobre los ojos. Las sábanas arrugadas. La flojera o el abandono de Surya. Las interminables pláticas que sólo interrumpíamos por el calor o cuando de plano el hambre nos hacía levantarnos.

Incapaz de dibujar el cuerpo entero de Surya (ni algunas partes porque su piel me ponía caliente) opté por concentrarme en su rostro. Despierto me parecía de una picardía fuera de serie. Dormido siempre lo consideré más interesante. Sin embargo los pómulos que trazaba, los ojos o la boca, la frente o algún otro detalle, establecían una distancia muy grande entre Surya y el dibujo. Tenían los volúmenes, faltaba la textura. No sabía cómo expresar su carne, su tibieza, pero ahora —en esta distancia establecida por el dolor y por el tiempo— comprendo qué era lo que faltaba para que mis trazos tuvieran relación con Surya.

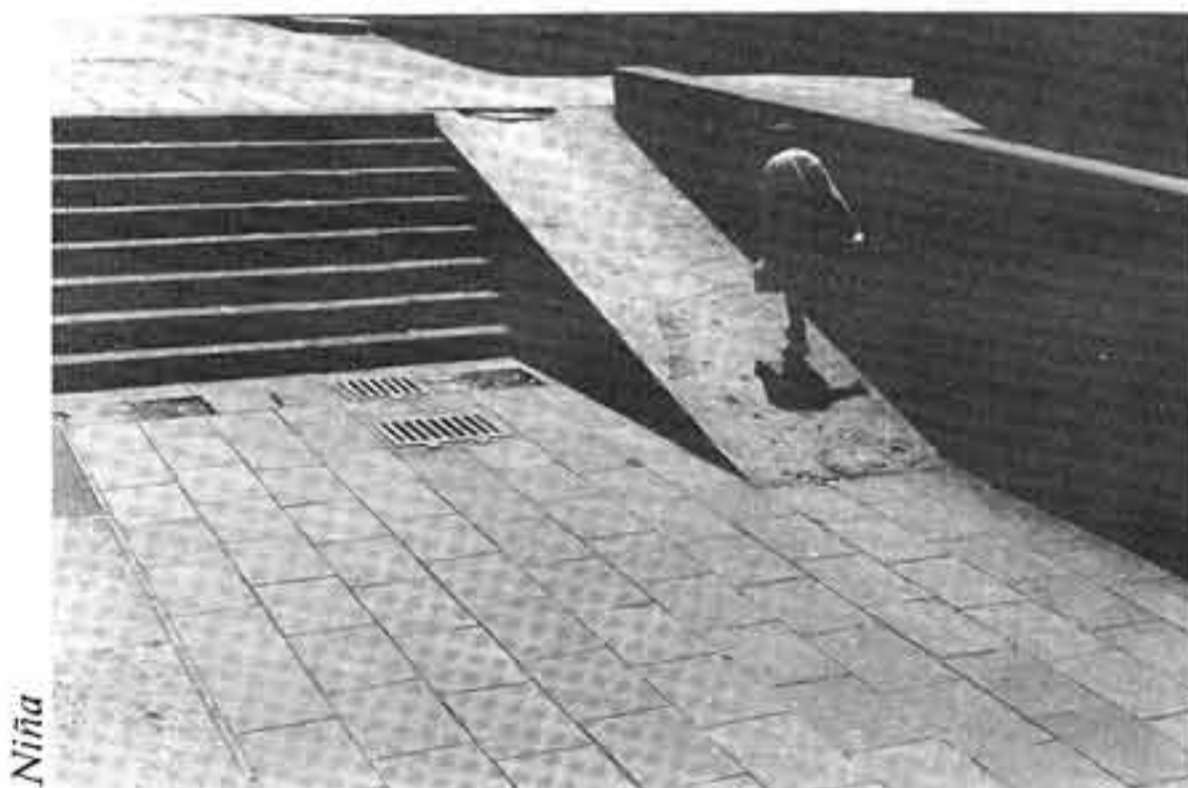
Sin embargo los dibujos de su rostro dormido eran los que más me satisfacían. El primer boceto —sencillo porque las líneas no eran pretenciosas— fue el que me dejó más complacido. A partir del segundo dibujo —quizá debido al esfuerzo— comenzaron los problemas. Cada trabajo que vino a continuación se alejaba de Surya. Los últimos los juzgué deplorables. Al día siguiente le ponía más ganas, pero seguía retrocediendo atrozmente. Convencido de mi falta de ta-

lento quebré el lápiz en dos partes y aventé el montón de hojas sobre el bastidor. Eran momentos desesperantes. Afortunadamente los brazos de Surya me consolaban de tanta incapacidad. Las hojas desperdiciadas se equiparaban a los orgasmos obtenidos.

Con el transcurso del tiempo, esta especie de dulzura y frustración pasó. Después los días dejaron de ser iguales y se llenaron de silencio. Yo permanecía en cama. Surya se vestía con los pantalones de mezclilla y la camisa a cuadros y salía a caminar. Comenzó por echarle un vistazo a la colonia. Supo de sus cuadras, sus calles y los negocios. Cuando dominó este territorio buscó los parques vecinos. Se introducía a los cinematógrafos. No creo que lo hiciera para ver las películas, pienso que lo hacía para disolverse en la oscuridad. Siempre regresaba cuando las tardes desaparecían ante la oscuridad de la noche. Nunca quiso ser acompañada. Tampoco quiso decir a qué sitios se dirigía, ni a qué horas pensaba regresar. No te preocupes y regreso pronto eran sus respuestas.

Una tarde intenté seguirla, pero consideré injusto ir tras sus huellas como si fuera un delincuente. Abandoné la persecución dos cuadras adelante. La esperé afuera del edificio hasta que volvió. Caminaba tranquilamente por la calle. Sus cabellos dominados por el viento. Las manos dentro de las bolsas del pantalón. Parecía estar triste. Se acercó y vi que en sus ojos estaba un par de lágrimas a punto de caer. No cayeron porque Surya siempre consideró inútil llorar.

Aunque volviera a casa, estaba a punto de marcharse y nada podía hacer por evitarlo. No le mencioné nada de mis pensamientos. En el fondo era una persona muy atormentada, por algún dolor o una desesperanza muy profunda. No quise hacerle conciencia de lo que estaba sucediendo. Sin lugar a dudas ella lo sabía/sentía mejor que yo, pero Surya tenía una gran capacidad para hacerlo a un lado. En cuanto me le acercaba irradiaba fortaleza y sus demás encantos. Sin

*Niña*

embargo, algo tenía que hacer o de lo contrario, Surya se alejaría, se iría de la misma manera en que llegó a mi departamento: sorpresivamente. Abandoné los bocetos y el sexo a todas horas. Comenzaron los viajes a los pueblos cercanos, las asoleadas en alguna playa y los balnearios con aguas termales.

La incertidumbre de que Surya se alejara de mi vida desapareció. La falta de creatividad se transformó, mínimo, en una gran confianza para pintar. Las posibilidades y los proyectos surgían como por arte de magia. Todo este cambio gracias a la presencia de Surya. Sus ojos no sólo contaban con una bella mirada, sino que eran capaces de observar formas y colores. Me pedía, algunas veces, pintar las nubes rojizas del atardecer. Las tonalidades que señalaba eran para tomarse en cuenta. Sugería que las pinturas despidieran colores y sonidos. Quería posar al lado de seres extraños como los del Bosco, a los que consideraba sus hermanos. Incluso consideraba a una de esas figuras como hijo adoptivo.

A todo esto Surya tenía predilección por una obra de Dalí. Era una estampa pequeña que reproducía la imagen de una jirafa en llamas, en un cuadro de madera. La observaba con gran atención, sumida en pensamientos inimaginables para quien la viera. En una ocasión se lo comenté.

— Surya, tú tienes algo de esas mujeres.

— ¿Cuáles mujeres? —preguntó. Pensé, entonces, que el cuadro en sus manos era sólo un pretexto para quedarse callada, pero que la imagen nunca le interesó.

— Las mujeres a punto de caer que pintó Dalí.

— Ah, éstas —dijo observando la reproducción.

— Sí, esas meras. ¿No las habías visto?

— No. Además no son mujeres, ni siquiera llegan a ser maniquís.

— Pero se parecen a ti. Pienso que tienes el alma a punto de caerse.

— No, mi alma no tiene que ver con esas figuras. Con ésta sí.

Me acerqué para ver qué señalaba el dedo de Surya. En el fondo del cuadro, en un extremo, vi a una pequeña jirafa en llamas, cuyo fuego parecía comenzar a incendiarle el lomo.

Nunca pude platicar con Surya sobre qué parecido había entre ella y la jirafa en llamas; pero no sólo se miraban, se entendían. También se hablaban, se olían y, seguramente, muchas otras cosas más. Todo esto sin palabras, sin esfuerzos físicos. Surya trataba de extraer la jirafa de la tela para llevársela a caminar por estas calles más desoladas que el paisaje que pintó Dalí.

Mi pensamiento evoca a Surya y la veo; con los ojos cerrados, quizá dormitando, con la pequeña jirafa de la reproducción de Dalí entre sus piernas, casi encima de su sexo. Las piernas abiertas y extendidas sobre la cama. Los brazos caídos al costado, pero sujetando el cuadro con fuerzas. El cabello suelto y la cabeza abandonada sobre los hombros. Toda ella recargada sobre la pared. Esta actitud era inherente a la personalidad de Surya, pero me mortificaba su abandono. ¿Qué pasa, nena? le preguntaba cuando la veía llena de silencio. No te preocupes, cariño, estoy bien, era su respuesta. Con los besos y las caricias tibias, no podía negar que todo estuviera bien. Sin embargo algo en ella no lo estaba y tampoco lo nuestro podía seguir igual. Así fue. Pronto nuestra situación cambió.